



bán asalta tanto los jugos gástricos del lector quizá porque sabe que, como el protagonista principal de su trama, los que se enfrentan a su libro son todos los Stuart Pedrell que alguna vez quisieron seguir a Eliot, a Pavese o a Baudelaire y viajar a unos hipotéticos mares del Sur, lugares de opio, catedrales sin asesinos en los que disfrutar el Condal del 6 sin pedir permiso con la mirada a quienes ofrecen en sus ojos la acusación lenta, inmisericorde, de los moralistas.

No es una novela moralista. Dios nos libre. No se hubiera sostenido una obra gastronómica siendo al mismo tiempo moralista. Es el ejercicio de un gourmet que recorre con iguales ojos lujuriosos el espacio de la comida, el lugar de la bebida y el terreno abierto del placer sexual. La combinación literaria de los tres elementos le dan a este libro el grosor suficiente como para servir de guía de cualquier viaje hipotético hacia los mares del Sur. Vázquez Montalbán estaría encantado si algún día escucha que uno de sus lectores se calentó con su novela arrojándola, rociada de vino blanco, a la chimenea de una casa de Palafrugell, donde al tiempo se cocía el mejor pan que hay para mojar en mortuero.

Era la novela que había esperar de uno de los mejores especialistas narrativos que hay en la España de esta década. También era el texto abierto, literario, que convenía a la época: en una España crispada, en la que escuchan los verbos y las banderas, Manuel Vázquez Montalbán introduce el sentido del humor y tiene la capacidad suficiente como para burlarse de la literatura, de la amistad solemne y de la política, sin quemar del todo ninguno de esos oblicuos sentimien-

tos. A mí la novela no me mantuvo en vilo, porque desde el principio parece ser propósito del autor sugerir al lector que recorra el libro mientras degusta un Condal del 6 o descorcha una de esas botellas de champán que ahora anuncian Cela, Paco de Lucía,

Nuria Espert y Adolfo Marsillach. Pero sí me proporcionó buenos momentos de entusiasmo, sobre todo cuando Pepe Carvalho abandona su sobriedad verbal y se decide a tomar café, un ejercicio que siempre había quedado ajeno al menú de *Los mares del Sur* y que se introduce, a cien páginas del final, como una mejora manifiesta del carajillo que había sido pedido unas líneas antes. El café apareció en otra ocasión, creo recordar, pero fue en un contexto en el que Carvalho lamentaba su amor por las bebidas, y cuando se bebe con arrepentimiento es como si se renunciara a un largo viaje.

Manuel Vázquez Montalbán

descubrió en sus personajes una de las contradicciones de la literatura española, y la definió en una frase: "Tal vez había descubierto que, aunque fuera al Sur, nunca llegaría al Sur". Un inconveniente metafísico que tan bien se sabe la historia, por ejemplo: la burguesía se instaló después de cuatro siglos de lucha; el proletariado lleva cien años tratando de hacerse un hueco. Stuart Pedrell, en la novela, quería llegar al Sur. La historia de Manuel Vázquez Montalbán lo sitúa muerto en la periferia de Barcelona. Para Stuart Pedrell, como para cualquiera, el Sur está en la periferia, es decir, en ninguna parte. ■

ADIÓS A LAS LETRAS

Delibes y Aranguren

HAY seres solitarios a los que les florece un clavel blanco en el ojal. Son como esos cuadros de Cristino de Vera, que de tanto secarse junto a la nada, terminan abriendo entre sus pliegues los colores de una rosa seca, antigua, pero presente.

La presencia de Miguel Delibes en el reciente estreno que de *Cinco horas con Mario* se hizo en Madrid, me dio la sensación de un árbol. Había allí otro árbol castellano, José Luis L. Aranguren, pero ambos beben de distinta savia.

Miguel Delibes es la lengua, la vida cotidiana, la nada sólida que va surcando el camino de lo narrativo hasta hacernos creer que el señor Cayo, el de su disputado voto, no es otro que él mismo. Lola Herrera, la protagonista de la versión teatral de *Cinco horas...*, parecía el espejo en el que se reflejaba lo que Delibes debe oír que dice la sociedad española.

Aranguren, por su lado, es el pensamiento, la reflexión, y la sonrisa un poco perdida entre pliegues de saliva, un ser extraño a este mundo de la prosa. Yo en Miguel Delibes veo la prosa, la crónica de España, y en Aranguren tiendo a ver al poeta, al surrealista de lo que en realidad ocurre.

Sucede que uno es capaz de pensar que entre ambos personajes, tan arraigados a lo que ocurre en este país, se da una buena simbiosis de lo que es España, la que escribe, la que piensa y la que alguna vez se va al extranjero a recoger las setas que otros siembran.

En Miguel Delibes se da la soledad de la habitación sin paredes. En Aranguren se da la habitación, e incluso la múltiple habitación vallada, porque habita en ciudad grande y no renuncia a estar contaminado, por dentro y por fuera. Delibes se cuida más, pero hasta allí, hasta Sedano, debe

llegarle el ruido y la furia de lo que cuece Madrid cuando no hay estrenos y todo es sonrisa de carnaval contaminado.

Un símbolo de Aranguren son las piernas, esos seres que le son ajenos y que circunvalan sus fémures cuando se sienta y procura ocultarse a sí mismo en el sillón, como si quisiera ser varios. Miguel Delibes dobla, simplemente, el papel de fumar, el mismo que liaba el muerto de *Cinco horas con Mario*. De resto es rotundo, como un hombre solitario acostumbrado a disparar para estar en paz con los pájaros y con el monte.

Me gustó verlos juntos en la capital, recogiendo del aire eso que siempre buscan los escritores y que nunca hallan en el ambiente: una respuesta no perdida que luego ellos se esfuerzan en dar en sus libros, escritos entre ríos o entre ríos de plomo, olvido y desgana. Dos filósofos de signo distinto que algunas veces coinciden en los estrenos y en la calle, y deben decirse adiós como si nunca acabaran de llegar. Dos poetas cuyo silencio es tan rotundo como la palabra. ■ SILVESTRE CODAC.

José Luis Aranguren.

